

un convoy de lanas en Pinar de Trabadillo del que se apoderó. Nuevo choque tuvo el 31 de enero en el puente de Añe (Segovia), en que causó gran pérdida al enemigo, entre ellos un coronel. Al día siguiente en Sanchidrián (Avila) interceptó y logró apoderarse de gran cantidad de papeles sellados y tabaco perteneciente a José Bonaparte. Una vez más las tropas de Bonaparte proveían de víveres y sobre todo del necesario tabaco a sus enemigos que no hay que dudar que sabrían saborearlo, y agradecerían a los franceses el buen tabaco que fumaban.

Continuó después en la provincia de Avila y siguiendo el curso del arroyo de Tórtoles que va a desembocar al Alberche, cerca de Piedrahita, arrebató más de quinientas reses vacunas al enemigo, enviándolas al cuartel general (8 de febrero). Mantuvo después otra acción frente al enemigo en Mombeltrán y el 15 de marzo sostuvo dos encuentros, por la mañana en el puente de Estreño y por la noche en Navas del Marqués (Avila). Deshacía su camino días después volviendo en dirección a Madrid; parecía que la fuerza centrípeta se imponía a su elección del terreno, explicado por ser el cuartel general enemigo la capital de España. Madrid le imantaba y atraía con fuerza irresistible y el 25 se encontraba luchando en Rosas de Galapagar. Llegó su osadía hasta acercarse a tres leguas de Madrid, pero su temeridad no llegó a perderle, aunque estuvo a punto de ello, porque un fuerte escuadrón enemigo salió en su persecución. Recurrió entonces a la astucia para burlarlos y dividió sus fuerzas en dos partes. Una de ellas atacó a Parla, conduciendo a su guarnición entera prisionera y los caballos cogidos por medio de posiciones enemigas, a la sierra de Avila, y en tanto la otra mitad procuraba despistar al perseguidor haciendo acto de presencia en lugares distantes, con lo que distrajo su atención y todos pudieron escapar sin sufrir daño alguno. La sierra era su refugio y a ella los franceses no se atrevían a entrar, porque rocas y matorrales eran parapetos desde donde inopinadamente podía surgir una descarga que diezmará sus filas sin que fuera posible rodearlos o lograr un encuentro duradero con ellos.

La fama de Palarea fué creciendo y los generales españoles, como más tarde el generalísimo Wellington, apreciaron sus magníficas cualidades de estratega y guerrero, no solo por los envíos de víveres que hacía de los cogidos al enemigo y los correos que interceptaba con órdenes para los mariscales franceses, sino por las noticias que sus espías le proporcionaban de los movimientos de las tropas imperiales y el temor que cundía en las pequeñas guarniciones francesas de ser asaltadas en cual-

